



DULCE *patria*

CUÁL NO SERÍA MI SORPRESA.. VIOLETA QUEVEDO



Postkarte — Carte postale
 Weltpostverein — Union postale universelle
 Leveleöz-Lap — Carolina postale — Tarjeta postal
 Correspondenzkarte — Kárta korespondencyjna
 Korespondenčni listek — Briet kaart — Dopisnice
 Brezbori — Unione postale universale — Brevkort
 Додатна карта — Post card — Открытое письмо

SEGUNDA
EDICIÓN

VIOLETA QUEVEDO, ESCRITORA PARADISIACA

*Eduardo Anguita**

Hace años atrás debí escribir un artículo sobre Luis Herrera Guevara, extraordinario pintor chileno, cuyos ojos de niño iluminaron los viejos colores y reconciliaron al mundo en su unidad perdida. Entonces, también, titulé: "Herrera Guevara, pintor del Paraíso". Más tarde, hablé en una exposición retrospectiva, a la que facilité dos cuadros de Herrera que poseo y donde leí un soneto al "Douanier Rousseau chileno", como algunos le han llamado. No es casualidad que ahora le recuerde a propósito de una escritora, también chilena.

Si el milagro interviene tanto y tan frecuentemente en la vida, como cree Violeta Quevedo, la escritora angélica, de seguro que el episodio en que nos conocimos va a caer en el encantado dominio de lo sobrenatural.

Una tarde de éstas, al llegar a mi oficina, me encuentro con una dama que escribía afanosamente. No era de allí. Tenía la elegancia de quien escribe una epístola en su aposento, y daba a la corriente mesa burocrática una inefable intimidad de *secrétaire*. Pasaron algunos minutos y tal vez una media hora, hasta que me intranquilizó esa presencia extraña. Un empleado me dijo ignorar de quién se trataba. Había llegado pidiendo una hojita de papel, tinta

*Versión corregida por el autor, para la edición de *Seis relatos de Violeta Quevedo* (Santiago, Editorial Universitaria, 1981), de un texto aparecido originalmente en la revista *Estanquero*, Santiago, 27 de mayo de 1950, a raíz de la publicación de *La torre del campanario*.

y una plumita. “¿Y tendría, señor, un sobrecito?” “Con membrete, no más, señora. ¿No le importa?” Aceptó encantada. Al cabo de un rato, y fue cuando oí por primera vez su voz, preguntó al Cajero si tendría una estampilla. Hurgué en mi cartera y le facilité lo que pedía. “Éstas de sesenta centavos –bromeé– están muy escasas. Están pidiendo un peso por ellas”. Rió y aceptó naturalmente. Al acercarme, me bañó la inocencia de su rostro con una graciosa picardía pueril, semi-fuerza, semi-debilidad. Una singular personalidad trasuntaba de su semblante. En su cuello colgaba un camafeo, atado por una cinta de seda negra. Sobre la mesa, en un paquete que había dejado, alcancé a ver: *La torre del campanario* –Violeta Quevedo. No me extrañé. Conocía algunas de sus obras, libros de deliciosa ingenuidad que no pocos conocen y gustan en esta ciudad. Si los surrealistas chilenos actuaran más libremente, hace tiempo que la estarían publicando en ediciones numeradas. “¿De quién es este libro?”, pregunté, adivinando la respuesta. “De la autora”, respondió, presta y dichosa. “¿Y quién es la autora?”, insistí. “Usted lo está leyendo: Violeta Quevedo”, replicó ufana. “Ya lo sé. Pero, ¿quién es ella?” Orgullosa, infantil y con radiante sonrisa en los ojos, se mostró a sí misma, golpeándose el pecho sonoramente con las palmas de las manos; “¡Yo!”. A los pocos minutos, me había vendido el libro. Yo era un colega suyo, le hice saber. “¡Ah, pero usted debe escribir cosas muy difíciles!”... Luego se marchó muy satisfecha, pensando, tal vez, en este nuevo milagro que le había permitido escribir una carta para ella importantísima, vender un ejemplar y conocer a un escritor.

INOCENCIA Y LIBERTAD. Una persona que no comprenda el movimiento pecador, la malicia que le rodea, es con seguridad ella misma inocente. Si nosotros estamos prevenidos, si “no nos hacen lesos”, es indudablemente porque somos tan pillos como los demás. El solo hecho de comprender las leyes que gobiernan el mundo nos hace algo culpables, nos quita la libertad, nos ata a un ámbito que se nos da con toda la imperiosidad y obligatoriedad

de “lo objetivo”. El inocente, en cambio, circula por el mundo en espontánea calidad de sujeto, siendo totalmente él mismo. Es libre. Escapa a esta situación de vasallaje que condiciona con mayor o menor fuerza a todo hombre, en cuanto somos también *objeto* para los demás y actuamos como tal en la complicada relación con el prójimo.

El inocente “ignora” el mundo objetivo, no se hace cómplice con él conociéndolo (cómplice sin poder para liberarse, como somos nosotros: ya que para liberarnos deberíamos olvidar, olvidarlo todo: leyes, normas, psicología, moral). El inocente procede según su propia voluntad y ese choque que se produce entre él y el mundo, con el cual hay contactos pero no interferencias, siempre es sorprendente, sobrecogedor, pues parecería no haber medida común en su enfrentamiento. Es asombroso seguir a Violeta en cualquiera de sus libros. Pasa incólume entre las gentes, inocente, libre y luminosa.

TODO ES GRANDE PARA UN CORAZÓN HUMILDE. “El que se humilla será ensalzado.” Violeta Quevedo, el nombre que ella escogió en el arte, es “como la humilde violeta que oculta su cabeza entre la yerba”, un alma enamorada de todo: cielo, árboles, montaña, pajarillos. A fuerza de empequeñecerse con esa humildad de los santos, el mundo la recompensa mostrándose grande y lleno de sentido. Nada es insignificante para ella. Junto al suceso poético y trascendente sitúa en igual plano el hecho nimio y aparentemente banal. Su estilo traduce con transparencia esa falta de perspectiva que advertimos en todo artista paradisiaco. En Herrera Guevara señalábamos su desconocimiento de la perspectiva, de esa perspectiva que tendió distancias y rencores entre los seres, haciéndolos más grandes y más pequeños; y así ocurre en Violeta Quevedo. Su estilo trata en un mismo plano lo natural y lo sobrenatural, lo sublime y lo cotidiano. De ahí que los temas de sus obras sean, generalmente, motivos que para el común de los mortales no pasan de vulgares ajetreos de la vida. Veraneos, venta de muebles, enfermedades

banales, toman una proporción desusada, gigantesca. Y, es bien curioso, dentro de lo inusualmente grande de esos hechos, lo sobrenatural se inserta sin mayor ni menor estatura. Para cada trámite, para la menor aflicción, Violeta hará intervenir a los santos, a la Virgen y hasta al mismo Dios. Las declaraciones de impuestos y las novenas y mandas componen una íntima trama existencial. Todo es sobrenatural para ella, y todo ocurre con máxima naturalidad. He ahí algo del secreto del universo mágico. Entremos en él, leyendo un pasaje del prólogo a *La torre del campanario*:

Silenciosa estaba, observando en lo alto del cuarto, cuando siento por mi cabeza que se vierte un hermoso tintero con tintas de varios colores, azul, lacre, verde, y colores de fuego. ¡Qué maravilla!, dije. Estoy en un país de Hadas, no lo dudo, quedando estupefacta, atónita y a un tiempo siento en mis oídos una voz melodiosa y suave que me dice: “¡Qué piensas!... Observas, miras y admiras, ¿y no vas a escribir nada?...”. Faltaba más. Le replico: ¿Cómo cree sea capaz de poder ni en bosquejos describir este maravilloso sitio, que solamente que el Divino Artista, con sus dorados pinceles podría delinearlo, y yo que no tengo sino únicamente la afición al arte, atavismo únicamente de mis parientes, que tienen ese don gratuito, quedando yo solamente con el gusto por ellos y admirar las bellas obras. ¿Qué podría hacer?... Me contestó afirmativamente la voz invisible con una energía que no tenía réplica: “Cada uno hace lo que puede... Si te estorban las críticas malévolas no te importe; acuérdate de tu nombre humilde que llevas, y mano a la obra y aunque no seas capaz de pintar, que sería mil veces más hermoso, puedes descubrir esto con tu sencilla pluma. Te obsequio ese tintero que te ayudará para tus matices, y no seas floja, busca tú la lapicera, papel y goma para tus borrones y relata como mejor puedas, pues ahora son los tiempos de evolucionar en todo y activar y más dar gracias a Dios por haberte dado ocasión de conocer este maravilloso Sanatorio o Balneario, pues aunque hayas viajado mucho en países extranjeros, creo éste superior a todos en su hermosa naturaleza. De otro modo te aprisiono aquí en mis dominios de la Diosa Ceres y no podrás salir más de ellos”; con esta última frase algo encantada estaba, y más aún muy espantada; pues estos precios fabulosos de estas regias vertientes, observé muchas veces que era únicamente para personas millonarias y palo grueso que tuviesen sus recursos para movilización, y no para esta humilde flor silvestre como yo.

EL VIAJE A LAS VERTIENTES. La inocencia la lleva a hacer un viaje a Las Vertientes, sola y después de sortear molestas peripecias. Pero, con cierta sabiduría evangélica, se dice: "No hay rosas sin espinas", y agradece a Dios por la dicha incomparable de haber conocido ese paraje maravilloso en donde disfrutó a raudales de la belleza y donde curó de una tenaz afección bronquial. Se da cuenta de su poder y en él confía: "... pude embarcarme con la inconsciente tranquilidad, como el candor del niño, confiada siempre en mi BUEN ÁNGEL CUSTODIO; pues Él me cobijase con sus doradas alas en ciertos casos difíciles, que suelen presentarse". Ante una informalidad del conductor del tren, con magnífica ingenuidad escribe: "Le alegué su promesa; fue inútil, era un completo comunista". Y, líneas después, una observación de fina ironía que ella estampa con toda espontaneidad: "... partí con tranquilidad, y nunca hubiese adivinado en esta ocasión lo sucedido y la gran Protección que iba a tener de lo Alto por las manos providenciales de la Providencia, que ahora había podido decir con razón una pariente mía que se ha radicado en España, O.C. de F., "¡Uds. que hacen trabajar harto a la Providencia!".

Uno, al comienzo, quiere reír con la ingeniosa frase de la amiga. Pero luego retrocede, conquistado por la bondad de la autora y creyendo realmente que la Providencia se mueve de continuo por esta buena alma de Dios. (Ruego notar el detalle estilístico del pasaje transcrito: manos *providenciales* de la *Providencia*. Como en los grandes poetas españoles del Siglo de Oro o antes, el adjetivo coincide íntegramente con el sustantivo modificado, cosa que una pobre retórica convencional de hoy querría considerar como defecto o pobreza de lenguaje). Abandonada en la solitaria estación de La Obra, de noche, sin conocer a nadie, desamparada, tres buenas señoritas, caídas del cielo, se ofrecen graciosamente a acompañarla, a través de treinta y tantas cuadras oscuras y pedregosas. Contado el episodio con sencillez, nos atribulamos tanto como en los más peligrosos trances de crueles novelas de aventuras. "No había caso sino ponerse a caminar, y este recorrido me hizo recordar el episodio de Santa Rita, que tres santos en la media noche golpearon

sus puertas en Casia cuando estaba en oración y la apuraron que saliera luego de allí, pues sus anhelos iban a cumplirse, llevándola por montes, colinas, cerros pedregosos (...) ¡Qué lástima que yo no hubiese sido esa santa!”, exclama con espontánea pureza.

Y su inocencia sigue más allá aún: “Estuve embelesada desde mi aposento en ver la nieve que caía vertiéndose en las hermosas plantas y en los cuadritos de pensamientos que el frente del hotel estaba rodeado de ellas, y yo me entretenía cortándolos y poniéndolos a secar enviándolos a mis amigos como recuerdo de mi estada allí, de donde creía no volvería más”. “Mi mayor entretenimiento en las tardes era subirme a mi cuarto y contemplar ese maravilloso firmamento y admirar sus puestas de sol. Se veía desfilan las luces de colores tricolores ya azules, celestes, colores de fuego encarnado y también amarillos como el de los arco iris. ¡Qué belleza!, exclamaba yo.” “Desde tempranito oíamos el gorjeo de los pajaritos, las encantadoras golondrinas y otros pajarillos que cantaban como ruisiños. La naturaleza es muy sabia y cuando uno desea mucho algo extraño pasa”... “Al amanecer recreábase uno con el hermoso y armonioso concierto de los cantos de las avecillas y ruisiños, jilgueros y golondrinas; tan domesticadas eran que podían tomarse con la mano, como lo hacían los mozos del comedor, haciéndome recordar cuando leía la Vida de San Francisco, que entonaba sus cánticos glorificando a Dios con sus lindas avecillas.” Nos recuerda la poesía pastoril, nos recuerda a Fray Luis de León, a Gonzalo de Berceo, a toda una poesía que comprende la Creación como no caída, como antes del Pecado Original o como será una vez que el Hombre haya sido finalmente redimido.

Estilísticamente sería largo señalar todos los matices de sintaxis que provoca en la obra de Violeta Quevedo su primigenia inocencia. Basta una sola muestra, bien curiosa por cierto. En la obra citada, página 20, a propósito del predio de la Hostería, escribe: “Se compone de cuarenta mil cuerdas y está rodeado de árboles bien gigantescos, de pinos y olivos”. Seis líneas más adelante: “Antes de la entrada al hotel se destaca la hermosa piscina que no alcancé a ver su inauguración. Fue el día anterior a mi vuelta. Es hecha de cemento

y tiene en algunas partes tres metros de profundidad". Dieciocho líneas más adelante, página 21, olvidada tal vez, o sencillamente como un músico que retoma su tema, vuelve a consignar lo mismo con pequeñas variantes: "Se compone de cuarenta mil cuabras, me informó el buen D. Juan, y está rodeado de árboles gigantescos, de pinos y olivos. Destácase, al lado de la Hostería, una hermosa piscina hecha de cemento que en las partes más hondas tiene tres metros de profundidad. El día antes de mi vuelta íbase a estrenar y llegaba mucho público por la inauguración"...

Su facultad de asombro, que hemos perdido, es notable. Es el asombro de quien mira algo por primera vez, de quien ve la Creación recién creada.

FALSA MALICIA. Pero tanto andar y ajetrear tiene que reflejarse de algún modo en el espejo de la inocencia. Y en nuestra escritora, ese malicioso movimiento de los hombres en sus trajines y actividades se traduce en una falsa sagacidad con que nuestra heroína cree defenderse de la maldad ajena. Bien podemos advertir lo desproporcionado, lo pueril que sigue siendo en esos actos que ella debe creer de astuta experiencia.

Ya leyeron ustedes una pequeña cita donde Violeta califica de "comunista" al mentiroso conductor del tren. En un interludio viñamarino, relata sus pasadas amargas veraniegas en esa "Viña de turbulentos paseos", "polo opuesto" de sus queridas Vertientes, volviendo a referirse de igual modo a quienes trataban de lucrar con los veraneantes: "... y otras veces íbamos con ellas a restaurantes de mala muerte, que más eran los boches de Sofía con esas gentes comunistas incivilizadas que lo que nos servíamos". Con el elemental criterio de un niño, para quien todo lo bueno es Dios y todo lo malo es el Diablo, Violeta califica por igual a la gente mala: ¡Comunistas!

Esta falsa malicia, que sigue siendo candor, las emprende con Viña del Mar en un sabroso capítulo en que arremete contra la ciudad del Casino. "La agitación de la vida tiene para la salud serias consecuencias y Viña con sus turbulentos paseos, ya con los juegos,

excursiones automovilísticas y sus grandes banquetes, no se puede negar afectan la salud, y en vez de descanso, llegan a enfermarse y también a fallecer, como sucedió a un sinnúmero de personas conocidas mías en este último veraneo.” “La guadaña de la muerte voltigeaba en esos aires viñamarinos.”... “La Parca fiera parecía inexorable tronchando las existencias de personas conocidas y amigas mías, y también deseaba llegar a mi dominio, y empecé a luchar con fuerza para derribarla.”

Transportada, milagrosamente también, por tres hombres del pueblo que viajaban a Puente Alto en camión, de pronto recela de su honradez cuando el chofer le dice: “Qué linda su cartera”. “Adiós mi plata, dije yo. Y en el acto le respondí: ‘Es una vieja que mandé remendar’. Y entonces no insistió. Efectivamente era linda y de lujo”.

Y como su bondad es tan fuerte, incluso cuando narra el robo de sus maletas al regresar a Santiago –que ella llama “el país de los cacos”–, no puede dejar de embellecer infantilmente lo que toma, instituyendo un Hada allí donde no hay sino delito y miseria. Escribe: “Habíamos dejado los gratos recuerdos de nuestro apacible y tranquilo veraneo en Llolleo, pero como nunca faltan grandes enemigos en este ingrato mundo, fui cogida por la envidiosa hada, la Reina de los Cacos... que ésta –dijo– las pagará bien caro por haberlo pasado tan regio en las Bellas Vertientes y después en el modesto balneario de Llolleo”.

Y termina este capítulo, el penúltimo de su libro, con esta alucinante escena, pícara y poética: “Quise aún observar la característica de este pueblo y entre los ramajes y esas avenidas oía canciones, que susurraba claramente toda esa plebe distinguiendo yo perfectamente la canción e iban todos al unísono, y al mismo compás, cantando el ¡Cielito lindo!”.

Así es el libro, así es la obra entera de Violeta Quevedo, esta escritora chilena que presenta el espectáculo de un mundo turbulento, atravesado, perforado, por la pureza de una niña.

Eduardo Anguita